

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

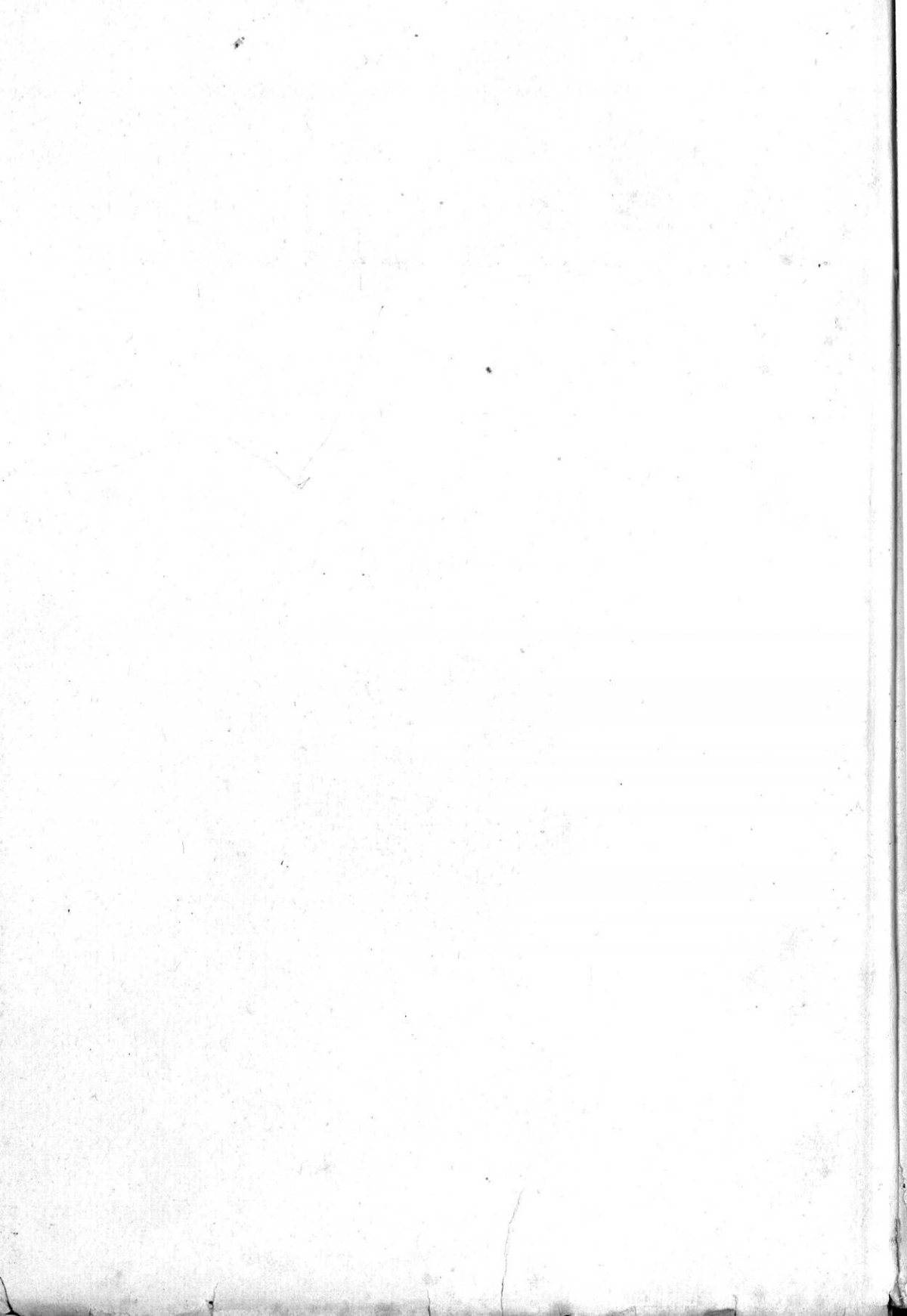
2.ª É P O C A

Año 1946 - N.ºs 18-19



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1946



Tomo VII
N.ºs 18-19-20

SEVILLA
PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ÍNDICE DEL TOMO SÉPTIMO

Artículos

	Núms.	Páginas
Cortines Murube, Felipe.— <i>Melchor de Gallegos, teólogo y jurista</i>	20	131
Eguía Ruiz, S. J., Constancio.— <i>Oficios mecánicos y ciencias misionales</i>	18-19	53
Pedregal, Luis J.— <i>La devoción de las Animas en Sevilla</i>	20	191
Petit Caro, Carlos.— <i>Sevilla en la obra de Quevedo (conclusión)</i>	18-19-20	77-163
Romero Martínez, Miguel.— <i>Veinte incunables sevillanos que tratan de historia</i>	1819	9

Miscelánea

Domínguez Ortiz, Antonio.— <i>Salarios y atribuciones de los Asistentes de Sevilla</i>	20	207
García y García, Tomás de A.— <i>Interesante hallazgo documental</i>	18-10	109
Hernández Díaz, José.— <i>Valdés Leal y el arte francés</i>	18-19	97
Hernández Díaz, José.— <i>Una obra de Bocanegra en Sevilla</i>	20	215
Montoto, Santiago.— <i>Una comedia de Tirso que no es de Tirso</i>	18-19	99
San Ginés, Pedro de.— <i>Noticia sobre "belenes portuenses"</i>	20	225
Vázquez, José Andrés.— <i>Don Juan Tenorio en Portugal</i>	20	217

Libros

<i>Sortilegio senegalés</i> .—Antonio de Cértima... ..	18-19	113
<i>Apología "pro adserenda hispanorum eruditio- nes"</i> .—Alfonso García Matamoros.—Edición, estudio, traducción y notas de José López Toro... ..	18-19	115

	Núms.	Páginas
<i>Pajaritas de papel.</i> —José Montoto... ..	18-19	117
<i>Dolor y Honor de España.</i> — Dos poesías de Eduardo Marquina (†) y prólogo y edición de Fernando Bruner Prieto... ..	18-19	119
<i>La Virgen de los Reyes, Patrona de Sevilla y de la Archidiócesis.</i> —José Hernández Díaz...	18-19	120
<i>El sevillano don Juan Curiel, Juez de Impren- tas.</i> —Angel González Palencia... ..	20	231
<i>Sevilla, Ciudad Mariana.</i> —Relación de los trá- mites llevados a cabo para añadir este título a los de Sevilla... ..	20	233
<i>Sevilla en la Historia del Toreo.</i> — Luis Toro <i>Buiza</i>	20	234
<i>Dibujos arquitectónicos del siglo XVIII.</i> —Anto- nio Sancho Corbacho... ..	20	237

Crónica

<i>Mayo, 1944.</i> —J. A. Vázquez.—Cronista Oficial de la Provincia... ..	20	243
--	----	-----

Apéndices

<i>Discurso de los Tellos, de Sevilla.</i> —Ldo. Luis Fernández de Melgarejo. Notas del Marqués del Saltillo. (Conclusión)... ..	18-19	67
--	-------	----

Ilustraciones

Artículo intitulado <i>Veinte incunables sevilla- nos</i> : Un gráfico y siete reproducciones fragmentarias... ..	18-19
¿Don Francisco de Quevedo?... ..	18-19
Retrato de Toribio Velasco... ..	18-19
Autógrafo de Melchor de Gallegos... ..	20
Portada del libro de Melchor de Gallegos <i>De spirituali cognitione tractatus</i>	20

	Núms.	Páginas
Portada del libro de Melchor de Gallegos		
<i>Tractatus de Parochorum</i>	20	
Escudo de Melchor de Gallegos... ..	20	
Portada del libro de Quevedo, <i>Juguetes de la</i> <i>niñez y Travesuras del ingenio</i>	20	
Portada del libro de Quevedo, <i>La Cuna y la</i> <i>Sepultura</i>	20	
Juicio final, por Herrera «el Viejo»... ..	20	
La Virgen, el Niño y Angeles, por Pedro Ata- nasio Bocanegra... ..	20	
Id. id. id. Pormenor... ..	20	
Figuras de Nacimiento del taller de Angel Martínez (Dos fotografados)... ..	20	

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚMERO 081



IMPRESO EN ESPAÑA

EN LA IMPRENTA DE LA ESCUELA PROVINCIAL DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27.—SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1946



Tomo VII
N.ºs 18 - 19

SEVILLA
PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1946

SEGUNDA ÉPOCA

Núms. 18-19

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Gabriel Tassara Buiza.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

Miguel Romero Martínez.— <i>Veinte incunables sevillanos que tratan de historia</i>	9
Constancio Eguía Ruiz, S. J.— <i>Oficios mecánicos y ciencias útiles misionales</i>	53
Carlos Petit Caro.— <i>Sevilla en la obra de Quevedo (I)</i>	77

MISCELANEA

José Hernández Díaz.— <i>Valdés Leal y el arte francés</i>	97
Santiago Montoto.— <i>Una comedia de Tirso, que no es de Tirso</i>	99
Tomás de Aquino García y García.— <i>Interesante hallazgo documental</i> .	109
Libros	111

APÉNDICE

Ldo. Luis Fernández de Melgarejo.— <i>Notas del marqués del Saltillo.—Discurso genealogico de la nobilissima y antigua Casa de los Tellos, de Sevilla. (Conclusión)</i>	67
---	----

Se distribuye con este volumen: *Relación de las fiestas que hizo el Colegio Mayor de Santa María, Universidad de Sevilla, en 1647.*—Folleto en 4.º natural, 36 páginas.

ARTÍCULOS ORIGINALES

OFICIOS MECÁNICOS Y CIENCIAS ÚTILES MISIONALES

I. SU CARACTER ESENCIALMENTE EMPÍRICO

Al hablar de ciencias útiles y sus oficios, solamente reconocemos aquí por tales aquellas disciplinas que eran de supremo interés para unas sociedades como aquellas de incipiente o progresiva cultura humana, y sin las cuales disciplinas no hubieran podido obtener los pueblos de misiones su fin social. Para esto es evidente que, en tales circunstancias, no era necesario ejercer ni comunicar a los indios teorías elevadas, las cuales, por otro lado, no captarían ellos, ni proporcionarles ciertas carreras empíricas de adelantado progreso. Para tutelar el orden jurídico y religioso y para proveer a los más altos y difíciles postulados de la prosperidad temporal pública, ya estaban allí las supremas autoridades, y como representantes de ellas, allí estaban los Padres Misioneros. Estos, en general, eran buenos letrados, capaces de acomodar e interpretar leyes y preceptos, y de encauzar los conocimientos más necesarios para el común vivir, con la ayuda de los indios.

No se necesitaba, pues, más que tratar de darles los conocimientos y elementos más proporcionados a su felicidad temporal; todos los cuales, si bien se mira, estaban ya contenidos en el grupo de ciencias y artes útiles que se cultivaban en misiones.

Por otro lado, el principal elemento de felicidad temporal consiste siempre en la virtud, por ser ésta una perfección de la más noble parte del hombre. Y manifiesto es que para las buenas costumbres y para la virtud, lo más conveniente y necesario era darles a los indios (y lo mismo podría decirse de los catequizandos en las villas y ciudades de la colonia) la debida y oportuna instrucción moral y religiosa.

Ahora bien, el instrumento nato de esta instrucción había de ser la palabra viva del ministro de Dios, con la ayuda nocional de los mismos padres de familia ya impuestos de antemano.

Proporcionarles por entonces a los nativos otros conocimientos más altos y otras prácticas de cultura, amén de difícilísimo, por no decir imposible, hubiera sido dañino. Ni hubieran sabido hacerse con ello más aptos para tratar y adelantar sus propios negocios, ni hubieran mirado mejor por los intereses ajenos. Por entonces les iba muy bien para su bienestar temporal y eterno con el trabajo asiduo y ordenado, la sencilla obediencia y la carencia de vicios. Y estas virtudes eran precisamente las que veían faltarles, no sólo a los salvajes de los bosques, sino a los corrompidos y vagabundos *civilizados* que merodeaban por aquellas serranías.

Ni los mismos Padres y Hermanos misioneros habían aprendido siempre todas estas artes y ciencias útiles por métodos rigurosamente escolares y académicos. A buen seguro que varios habían cursado en los talleres y oficinas los métodos empíricos de los maestros de aprendizaje. Sus doctrinas, más que teóricas, estaban naturalmente contenidas en los modos y hábitos tradicionales que habían recibido y se habían asimilado.

Así, pues, en sus obras, y en las que, dirigidas por ellos, ejecutaban los indios, había estilo, sí, y existían métodos determinados. Pero éstos, a menudo, más bien habían salido del ejemplo y de la colaboración familiar, con la vida profesional de sus maestros. Eran hombres de acción viva, y de técnica y arte que diríamos popular. Arte, por otra parte, muy propio de la Compañía de Jesús y de su espíritu práctico y apostólico, que todo lo encamina a la acción, y que aprovecha pronto para ella los recursos de que dispone.

Al contrario, la instrucción puramente académica, erigida en ley única y universal, es obra de sus enemigos los enciclopedistas, desde Diderot hasta Condorcet. Y de ellos la heredaron los liberales. Poco cuidadosos estos hombres, tan pagados de su ciencia, de unir la naturaleza con la educación, los dones preciosos con la cultura racional, contribuyeron a matar el arte popular con su «hacer aprender», en lugar de «hacer hacer» o ejecutar. Uno y otro, en cambio, ha sido el uso constante y el *Ratio Studiorum* de la Compañía de Jesús.

No había por qué cambiar ese régimen especialmente utilitario en aquellas latitudes del Paraguay. Allí, más que en ninguna parte, las instituciones de ciencia pura debían someterse a las conveniencias puramente materiales de lugares y de tiempos. En las reducciones, sólo era aprovechable la ciencia que puede despertar, levantar y revestir a Sociedades incipientes. Fuera de misiones, en los Colegios y Universidades, ya resplandecía, sobre todo en Córdoba, la verdadera ciencia católica y sagrada de nuestros mayores. Que ciencia era y muy sublime la teología, y entonces nadie en el mundo le regateaba esos honores; porque no existía

aún el funesto divorcio entre los estudios sagrados y los profanos. Pero, fuera de ese campo escolástico, tanto filosófico como teológico, era muy difícil pensar allí en arduos estudios de investigación desinteresada; cuando en la misma metrópoli se sacrificaba la ciencia pura, o mejor, se aplicaba por la imposición de los tiempos a los usos empíricos. Ese mismo sello llevaban allá los estudios científicos coloniales de nuestros padres. Casi todos andaban marcados con la impronta utilitaria de las ciencias aplicadas.

Ateníanse, pues, a una propiedad de la raza misma en materia de ciencias exactas y naturales. Efectivamente, en esta parte, España, por idealista, mística y metafísica que haya sido bajo otros respectos (y díganlo sus ascetas y sus teólogos) no ha logrado florecer extraordinariamente en la ciencia pura y teórica de la naturaleza, sino en lo que tienen inmediatamente de útiles los conocimientos científicos. Más que astrónomos puros ha dado España, por ejemplo, astrónomos náuticos; más que teóricos matemáticos ha dado talentos de construcción o de aplicación industrial de las matemáticas; más que botánicos y floristas, geopónicos y agricultores; más que químicos, metalurgistas.

Todo esto, que parece una limitación del genio nacional, lo reconocieron aun grandes españoles, como fué el mismo Menéndez y Pelayo (1). Y en parte lo lamentaban, porque parecía ser en daño del más interesado cultivo de la ciencia.

Pero, ¿quién podrá negar que, tratándose aquí de naciones nuevas y de una ciencia que pudiéramos llamar colonial, lo primero que en este caso se imponía conocer, no era tanto las ciencias teóricas o de pura investigación, cuanto las empíricas de aplicación inmediata?... Pues así fué, que a esto se atuvieron los grandes colonizadores del espíritu. Y ¡cuán abundantes y cuán variados fueron, así los artífices como los artefactos, en casi todas las artes útiles!

«Sorprende a la verdad—dice con mucha razón el P. Furlong—hallar en los inventarios levantados por la autoridad española al expulsar a los jesuitas, mención frecuente de herrerías, platerías, sombrererías, tornerías, arperías o talleres de instrumentos músicos, tejares, carpinterías, curtidurías, imprentas, imaginerías, relojerías, etc., etc. Aun en el supuesto de que cada pueblo de las misiones o cada colegio contara con una de tales oficinas, es ciertamente maravilloso el adelanto que habríamos de asignar a dichos colegios o pueblos misioneros. Pero lo singularmente curioso es que casi cada colegio o pueblo de misión tenía *simultáneamente* todas esas y otras muchas oficinas y talleres. No había, pues, actividad que no tuviese entre los jesuitas su desarrollo» (2).

(1) Estudios de Crítica Literaria, Serie cuarta, pp. 281 y sgts.

(2) Los Jesuitas y la cultura Ríoplatense, cap. XVI.

Veamos de recorrer en particular, siquiera sea brevemente, algunos de estos oficios singulares o ciencias aplicadas, no sin mencionar de paso varios de los más señalados artífices que las dirigieron o ejecutaron.

II. MISIONEROS Y ARTESANOS EN LA COLONIA

Ciertamente, en las artes de manufactura no se durmieron nunca los exploradores y misioneros españoles. Y si algún tiempo parecieron adormecerse, no fué por falta de empresarios entusiastas, sino por causas extrínsecas. Por lo demás, a los pocos años de fundada la colonia, ya se veían acá y allá batanes, ingenios de azúcar y obrajes de varias clases. Claro está que florecían estas manufacturas, sobre todo de paños, allí donde abundaba la mano de obra de los indios, pues los españoles, como propietarios y dirigentes, se reservaban de ordinario puestos de más honor y responsabilidad en el carro del progreso (ni más ni menos que cualesquiera extranjeros lo han hecho siempre en sus colonias).

En todo ese menester, a nadie cedían, pues, nuestras misiones. Testigos son los diversos establecimientos manufactureros que dirigían nuestros Hermanos desde la fabricación de paños, bayetas, jergas y sayales, hasta la fundición perfecta de campanas para los templos propios y ajenos.

Basta echar una mirada general por colegios y reducciones. Todos los menesteres de artesanía encuentran allí su mecánico que los entienda y los ejerza útilmente. Unas veces es un hermano coadjutor inteligente, humilde, trabajador constante. Otras, es algún indio más ladino y despierto, que ha sido instruído y capacitado por la misma asidua constancia del hermano. Mientras haya allí un trozo de hierro que forjar, no faltará en la fragua un hábil fragüero que, al sonsoneo rítmico del macho, haga saltar las chispas del yunque acerado. La lana que se ha de escardar encuentra su pelaire. Los arados, aperador que los labre. Y los lizos de los telares, habilísimos tejedores que pedalean diestramente la cárcola, y manejan la viadera, para gobernar los hilos y que pase tramando la lanzadera. Este oficio, sobre todo, era sumamente propio de nuestros hermanos coadjutores.

A los principios, es verdad, cuando no abundaban tanto los hermanos legos, no era raro encontrar entre los Padres quienes montaban ellos mismos buenos telares y hasta intervenían en el tejemaneje de los mismos. Recordemos aquel Padre Andrés de la Rúa (que debe ser el que llaman *Alonso* de la Rúa, natural de Jadraque, en la lista de los llegados al Paraguay con la expedición de Pastor). Este fué misionero celoso de guaraníes y figuró especialmente en la reducción de Itapúa (3).

(3) Pastells, I, 464; y Leonhardt, II, 271.—Item, Hernández, *Organización*, I, 234.

Su celo llegó, como decimos, a implantar por sí mismo en esa reducción la industria de dos telares de lienzo de algodón, del mismo que allí se cosechaba. «Con lo cual—dicen las *Anuas*—, y tejiendo en esos telares muchas varas, iba cubriendo el misionero la desnudez de aquellos sus indios» (4). Murió en Yapeyu el año 1657.

Pero este oficio de tejedor fué, como decimos, uno de los más socorridos entre nuestros hermanos coadjutores, y muy en especial entre los alemanes que estaban al servicio de esta misión española. Los superiores, ordinariamente peninsulares, procuraban que no faltase un maestro hábil en cada uno de los obrajes de que disponía la provincia; y hallábanlos con facilidad entre los ya curtidos coadjutores alemanes. Así, en 1737, vemos al *Hermano Wolfgang Gleisner* (1693-1741) llevando el obraje del colegio de Córdoba (5). Un lustro después, dirigía las hilaturas de aquel Colegio Máximo el *Hermano Jorge Herl* (1702-1773), que tenía sus 65 años cuando el destierro general (6). Por los años de 1753, aparece asignado al mismo colegio, como tejedor, el *Hermano José Kobel*, que en el 1743 aparecía ya en la cercana «Estancia de Provincia», *Santa Catalina*, dirigiendo el obraje de paños (7).

Otro buen tejedor figura entre los coadjutores extranjeros en la persona del Hermano coadjutor *Leopoldo Gärtner*, moravo, de Iglau, que vino al país contando ya 35 años de su edad, pero que alcanzó el destierro de Carlos III (1768), siempre laborioso y entendido en el arte textil, como consta de repetidos documentos.

La primera gran temporada la vivió en Córdoba del Tucumán, donde en 1737 se dice de él que en la confección de estameñas y paños «era maestro, y único» (8). Quisieron los superiores llevarle a Altigracia por alguno que otro mes, para que estableciese allí el obraje de cordelletes, frazadas, bayetillas y pañetes. Pero pareció era más útil para su arte superior, quedando en Córdoba (9). Estuvo, sí, en la Estancia de *Santa Catalina* por algún tiempo (10). Y más tiempo en Buenos Aires, donde parece le sorprendió la expulsión (11).

Puede agregarse a los *pañeros*, como última muestra del género, el *Hermano Cristián Mayer*, vienés (1729-1769), que en tiempo del común destierro residía en la Calera, estancia del Colegio de Salta, en la Provincia del Tucumán. Antes había residido en Córdoba con ese oficio que digo, de tejedor, que ya traía sabido desde el Austria, cuando lo condujo el P. Orosz, en 1748. Sospecho que el P. Huonder, que le asigna el oficio

(4) CA (Cartas Anuas) (1626-1627), 36.

(5) ANBA (Arch. Nacional, Buenos Aires), Mss. jes. n.º 62; Libro de Consultas. Cfr. Huonder, *Deutsche Jesuiten-Missionäre*. Missionäre.

(6) ANBA, lug. cit.

(7) Idem, Catálogo de 1743.

(8) ANBA, jes., mss. 62, Libro de Consultas, 8 enero 1737.

(9) Ibid.

(10) Id., ibid, 20 nov. 1737.

(11) Arch. Prov. Tol. Lista del P. Diego González.

de barbero, se confundió con las palabras *tónsor panni* que le aplica el primer catálogo (12). Luego se le dice claramente: *textor*. Fué uno de los muchos que sucumbieron a las fatigas del viaje, y murieron, a poco de llegar a España, en el Puerto de Santa María.

Sería infinito el nombrar aquí a todos los hermanos, particularmente españoles, entendidos en el arte de tejedores y pasamaneros. Así como recontar las plantaciones de algodón que, sobre todo en Corrientes y Misiones, se laboraban. El cáñamo traído de España parece no arraigó tanto en el país. Se probó, en cambio, la crianza de gusanos de seda, y aun se intentó utilizar para fines industriales la telaraña de la *Aranea Latro* (Linn.) (13).

No faltaron entre los jesuitas buenos tintoreros de grana, cultivándose bien en varios parajes la cochinilla. Con labor algo más complicada hubo también quienes fabricaron tapices hasta de seda y oro. Y entiendo que durante bastantes años no le escasearon a la Provincia, y menos a las Misiones, buenos bordadores y recamadores. Eso, a lo menos, parece significar aquel *acu phrygia pingit* que le asignan por oficio algunos catálogos al *Hermano coadjutor Salvador Conde*, granadino (n. 1697), residente en el Paraguay desde 1717. Recorrió, ejerciendo su oficio durante bastantes años, varias doctrinas del Paraguay y Uruguay. Al tiempo del destierro era cabalmente compañero del P. Cardiel en Concepción del Río Uruguay, y contaba ya más de 70 años de edad. Al fin murió en Faenza el de 1774.

Si de oficios metalíferos hablamos, téngase presente que, como complemento de la arquitectura colonial, forzosamente había de haber cantidad de artífices, señaladamente herreros, que moldearan rejas, verjas y molduras para puertas y ventanales. Eso, sin contar las obras gruesas, como arados y demás aperos de labranza o herramientas indispensables de cualquier oficio.

Muchas veces, estos hermanos artífices que se denominan simplemente «herreros» o «cerrajeros», eran más bien, con superior categoría, verdaderos *herrajeros* o constructores de herrajes de caballería; y, en este caso, los herrajes de que se habla eran adornos primorosos, hasta de plata labrada, que guarnecían los frenos de los caballos de montar. Esta labor implicaba una serie de piezas a su modo exquisitas. Porque los tales aderezos se componían ordinariamente de las copas y estuches en que se embutían las cabezadas, y, además, la testera. A veces era también de fino metal la pontezuela de los frenos. Las llamadas copas se colocaban en dos puertas laterales y salientes, denominadas alacranes, que se conectaban

(12) Debe corregirse el Huonder, ob. cit., p. 146, con la lista de la expedición de 1748 (ANEA) y el catálogo de 1755 ARS (Arch. romano de la Compañía).

(13) El P. Ramón Termeyer llegó a ofrecer a Carlos III, y al mismo Napoleón, sendos pares de medias fabricadas con la tela de ese arácnido (Furlong, *Los Jesuitas y la cultura Ríoplatense*, cap. XVI).

con el aparato principal llamado mueso. El mueso era el que cargaba sobre la lengua del animal, y, además de las dos barras separadas que lo componían, solía llevar, colgada de unos anillitos, una varita que les servía de eje.

¿Por qué tanta profusión de verdadero arte urbanístico en un menester tan campesino y casero? Porque de eso gustaban los arrogantes jinetes de la tierra que, como berberiscos caracoleaban por aquellas inmensas praderías. Porque ese artificio metálico del caballo que, como digo, solía ser artístico y aun de plata, era el que producía ese sonido estridente y acompasado que es gala y regusto de los airoso caballeros que lo cabalgan, acompañado por el bufido equino entrecortado y por las alentadas vaporosas y espumantes del noble bruto.

En esa aleación de cinc, plomo y estaño, que llaman *peltre*, fué notable, entre otros, el *Hermano José Klausner* (n. 1685), que llegó en la expedición, germana por excelencia, de 1717. Su arte antiguo de *peltretero* resultó muy útil en aquel país, donde (como él mismo escribía a su maestro de Europa) «había copia de estaño, pero nadie se preocupaba de elaborarlo, de suerte que los platos y utensilios de estaño eran tan caros como de plata» (14).

Así, pues, este benéfico obrero fué como el introductor de objetos y vasijas de esa especie. El historiador Peramás lo nombra por tal en todo el Tucumán. Y del colegio de Córdoba, en particular, se expresa así el hermano: «En este colegio han comido hasta ahora con vasos y platos de barro no glaseados. Ahora los he provisto de platos, vasos, saleros y vasijas de estaño, tanto que llevo ya gastados en mi fundición 107 quintales de estaño». Y los datos abundantes de los Libros de la Procuración están contestes en eso, máxime desde que Klausner se aposentó en Altigracia, año de 1723 (15).

Asimismo hay testimonios de que el buen hermano Klausner instruía a los indios en ese oficio, y aun en otros, porque era habilidoso en fundición de campanas, en hojalatería, en tonelería, etc. Y suplía con todo ello la falta grande de artesanos seculares que se notaba en el país (16). Consta, además, que fué muy virtuoso, y que gozó de la confianza plena de los superiores. Y a su vida correspondió la muerte ejemplar que tuvo en Córdoba el día 20 de mayo de 1746 (17).

Los dorados preciosos que aún ahora se ostentan en algunos objetos religiosos que han podido ser rescatados de entre las ruinas, bien dan a

(14) Archiv. Nac. de Munich, Jes., mss., nn. 293-294.

(15) APA (Arch. de la Prov.^a Argentina), Libro de Procur., Prov. Paraguaya.

(16) Munich, lugar citado.

(17) APA, Catálogo del personal de la Comp. de Jesús, 1744 al 46. Obra fué, sin duda, de este hermano la magnífica fuente de metal que coronaba el aguamanil de piedra sapo existente aún en la antesacristía de nuestra iglesia antigua de Córdoba. Véase Monseñor Pablo Carrera en Dos páginas de arte colonial (Córdoba, 1913) p. 22.

entender haber alcanzado gran perfección en misiones el arte de aplicar los panes de oro.

En dichos libros de Procura de la Provincia surgen acá y allá referencias a esa industriosa práctica. Tal vez en los pueblos se fabricaban artísticos retablos, y se les hacía dorar por mano de un buen batihoja común o dorador especializado.

Así, entre las referencias que conservamos del *P. Juan Antonio Quiñones*, madrileño (1718-1791), que alcanzó muchos años la extinción, y fué capellán estanciero, misionero rural en Córdoba, etc., hallamos que en 1745, por julio, hizo dorar el gran retablo trabajado en el pueblo de la *Santísima Trinidad* (18).

Vese, pues, que hasta el oficio singular de batihoja parece tenía sus representantes en las misiones. Acaso era empleado ese arte para fabricar en casa los panes de oro que exigía el decorado de tantos retablos como se hacían por los nuestros.

A lo menos, en 1745, había un Hermano, *Manuel Velasco*, que era batidor de oro, según las trazas. En el libro de la Procura Provincial, por el mes de octubre, aparece un asiento por donde consta que se habían enviado con el hermano a la Estancia de *Santa Catalina* todas las herramientas de batir oro (19). Al año siguiente, por julio, se consignan a su nombre unos moldes (20). Por febrero de 1752, se remiten para su oficina 40 pesos en oro (21). Señales todas de que ejercía el oficio dicho, a lo menos por estos años.

Tratándose de trabajos mecánicos susceptibles de fácil imitación, no puede negarse que hasta los indios lograban ajustarse, mejor o peor, a los modelos presentados. Así se dió el caso algunas veces, en el siglo XVIII, de que las artes de nuestros indios se extendiesen hasta el curioso trabajo de fundir por sí mismos los *tipos* y grabar las *láminas* que utilizaban los nuestros en las imprentas primitivas que en sus Doctrinas establecieron.

«Algún jesuíta diestro en el arte de Gutenberg—dice el *P. Astrain*—debió llevar de Europa algunas muestras de estas piezas, y los indios, que eran muy hábiles en imitar lo que se les ponía delante, reproducirían lo que nuestro religioso les iba enseñando» (22).

Y, a la verdad, no hay por qué se supongan inhábiles para todo oficio metálico, por ejemplo para fundidores, los que en otras especies de artefactos, como muelas molineras, piedras caleras, ladrillos, baldosas, tejuelas de canaleta y ciertas obras de cantería, lograban desempeñarse del lance con relativa destreza (23). Erró don Félix de Azara, en esto

(18) APA, Libro mencionado de Procura, p. 351.

(19) APA, Procur., Prov., p. 351 r.

(20) Id., Proc. de Santa Catalina, p. 58.

(21) Id., Proc. Prov., p. 120, v.

(22) Astráin. HAE (Hist.ª de la Asistencia Española), VII, 489.

(23) Charlevoix, HP (Hist. del Paraguay), I, 300.

como en otras muchas cosas, cuando echó en cara a los antiguos jesuitas «el atraso en que conservaban a sus neófitos»... (24). Lo contrario precisamente de lo que admiran y confiesan otros ilustres contemporáneos suyos, como el mismo Alvear. Ciencias altas, seguramente no las tenían los indios; ni había capacidad para tanto. Pero en ciertos oficios manuales y en ciertas prácticas útiles y caseras de artesanía, acaso se hallaban en mejor estado nuestras Doctrinas, que otros cualesquiera pueblos de indios. Y, puesto que Azara dice que más bien desaprendieron con los Padres lo que Irala les había enseñado desde 1610, sepa el ilustre impostor que estos indios, ninguna de aquellas artes conocían cuando les sacaron los jesuitas de las selvas. «Y respecto de las útiles en particular, sería curioso saber si Irala enseñó a aquellos indios a tejer, ser plateros, carpinteros, fundidores, músicos, fabricar órganos, etc.; y qué ciencias serían esas que desaprendieron con los Padres, si eran las naturales, las exactas, o más bien las soñadas en la cabeza de Azara» (25).

Claro es que en todos esos ejercicios y menesteres más dificultosos, presidía siempre la labor algún ingenio religioso.

Bajo tal dirección, sabemos que de aquellos talleres de arte y de paciencia salían a las veces aparatos y mecanismos de singular artificio, tales como ingeniosos relojes de torre y de campana, de pared, y hasta de bolsillo; y a veces tan complicados, como aquel que elaboró en Chile el coadjutor Ruety en 1748, el mismo que el P. Carlos Haimhausen regaló a su parienta doña Juana de Austria, esposa de Juan V de Portugal. Era aquél un reloj que no sólo marcaba las horas, sino los días de la semana, los meses, las fases de la luna, y hasta el movimiento aparente de los signos del Zodíaco.

También en las latitudes del Paraguay misionero proveyó el Señor de sujetos hábiles en relojería. Ellos concertaban las máquinas por las cuales medían su tiempo aquellos solitarios apóstoles, dado que la relojería solar y estelar de las indiadas no satisfacía suficientemente a las necesidades de la hora; aunque mucho antes de que se iniciara allí la industria de los relojes mecánicos, ya los jesuitas habían provisto sus colegios y pueblos de relojes de sol perfectos en su género, algunos de los cuales aún existen. En nuestras casas mayores solía siempre haber relojes de campanario y de pared fabricados por jesuitas. Baste nombrar alguno que otro artífice de los que resaltan entre muchos.

Fué, por ejemplo, el P. Jaime Carreras un gran constructor de relojes mecánicos. Aun después del destierro, por esta su habilidad, «la ciudad de Faenza le encargó la construcción de un reloj para su cabildo; y él realizó su cometido con la admiración de propios y extraños, llegando uno de los cronistas de la época a aseverar que ningún maestro alemán

(24) Descripción del Paraguay (Colec. Angelis, 137).

(25) Hernández, Organización, II, 391.

o suizo hubiera sido capaz de hacer cosa más notable» (26). También al coadjutor *Cristiano Mayer*, probable autor del gran reloj de *Itapúa*, le rogó el cabildo bonaerense que hiciese funcionar bien el de su iglesia mayor, que andaba en ineptas manos (27). Con mucha razón cita el P. Peramás, como ingeniero mecánico de este género, al coadjutor *Carlos Frank*, tirolés (1704-1744), que, pese a haber muerto bastante joven, a los cuarenta años, sirvió admirablemente en ese ramo de relojes a las reducciones de *Los Mártires* y de *San Juan Bautista*, hasta que la muerte le atajó el 26 de junio de 1744 (28). Entiendo que, como relojero, prestó también especiales servicios a la misión un suizo precisamente, país, como es sabido, de relojeros natos. Hablo del coadjutor *Andrés Roth*, nacido en Feidenfeld, no lejos de Lucerna (29). Por cartas de misioneros de Chiquitos, sabemos que se requería constantemente su presencia y labor en esa especialidad (30).

Siendo tantas las industrias a que había de atenderse para trocar la incultura secular de unas tierras bárbaras en una cristiana civilidad, no perdonaban nunca los misioneros, ni profesiones que pudiesen desempeñar, ni peritos que pudiesen allegar, ni menaje de oficio que pudiesen adquirir a costa de cualquier sacrificio.

En cuanto a oficios necesarios, ya lo hemos dicho. Lo mismo se fabricaban allí primorosas urnas, delicados instrumentos quirúrgicos, lentes astronómicas y complicados tapices, que se fundían campanas, se fabricaban órganos de viento, se tendían puentes y carreteras, o se construían trapiches de azúcar o de aceituna. En cuanto a personal imbuído en artes, hay que ver lo mucho que apreciaban a estos bien dotados, dondequiera que aparecían. Lágrimas les costó a todos la temprana muerte del murciano *P. Juan de Montijo* († 1729), célebre en la misión de los *Lules* por la habilidad mecánica, que le hacía extremadamente útil (31). Para que no escaseasen maestros, procurábase que nuestros hermanos dominasen en lo posible algún arte, providencia muy conforme con el Instituto (32). Cada expedición, según lo ya dicho, aportaba nuevos maestros europeos para la industria rioplatense.

Finalmente, es de notar aquí el afán de los misioneros por proveer y dotar a aquellas tierras de utensilios e instrumentos de oficio, sin lo cual vana sería la importación de personas que fuesen peritas en las distintas artes. De ahí que, regularmente, a cada expedición de hombres hábiles acompañase su material correspondiente. Así, por ejemplo, si el año 1717 aportaron con los padres expedicionarios algunos coadjutores

(26) Furlong, *Los Jesuitas y la cultura Rioplatense*, XVI.

(27) Complicado era su mecanismo, con figuras semovientes al dar la hora (*Ibid.*).

(28) Suplemento al Catálogo de 1744 (*Arch. Rom. Societ.*)

(29) ANBA, *Jes.*, Cartas de 1761, 1766, etc.

(30) Huonder, *ob. cit.*, p. 149.

(31) Cfr. Charlevoix, *HP*, IV, 741, 747, y *CA* (1720-1730), 16 v.

(32) Ramière-Besson, *Comentario a las Constituciones* (1896), p. 351.

expertos, no faltó tampoco allí el respectivo acompañamiento de cajones provistos de herramientas para elaborar metales, utensilios de relojero, piezas diversas para puertas, ventanales, instrumentos quirúrgicos, etc. Todo un surtido de menudencias utilísimas, que, aunque fuesen meramente de hierro o de latón, resultaban de oro para aquellos apartados continentes.

Uno y otro menester, el personal y el instrumental, lo proporcionaban a menudo los mismos indios, tratándose de cosa que no excediese sus alcances. Así, queriendo los nuestros de Santa Fe entablar allí dos telares de algodón el año 1718, comisionaron al célebre criollo P. Bartolomé Guzmán para que fuese a las Misiones «a solicitar telares e indios prácticos» (33). Y en punto a utensilios de viaje o aparatos de poca monta, comprábanlos a veces los mismos indios en la ciudad con el precio del mate que vendían (34).

III. LA MÚSICA Y LA MEDICINA

Juntamos aquí, para terminar, una ciencia y un arte tan dispares como estos dos, porque ambos tienden al refrigerio y alivio, quier del cuerpo, quier del espíritu.

Por eso, porque la música vocal e instrumental es el arte que destila sin duda más regalo y suavidad de espíritu, la eligieron al punto nuestros padres para ensanchar el corazón de sus indios y también para ayudarse de ella en sus esfuerzos educativos. Sabían demasiado que la armonía, de cualquier modo que se manifieste, ejerce en nuestros ánimos un imperio irresistible. La armonía es el orden en los sonidos; y el orden manifestado es el signo exterior y también el fondo de la belleza. Y, ¡es tan fácil atraer los corazones y las almas, aún tratándose de plegarlas al deber, por los dulces atractivos de la hermosura!

Desde luego, todos por experiencia conocemos el enorme influjo y, por decirlo así, dulcísima tiranía que ejerce la música sobre las facultades morales del hombre a través de las vibraciones del tímpano. Existe una gran afinidad entre los sonos musicales que hieren el oído y los sentimientos que aquéllos suscitan en el alma. Lo observó ya San Agustín hablando de sí mismo. No hay un solo afecto del corazón, ni un sentimiento del espíritu que no encuentre entre las variadísimas modulaciones de la música, su acorde especial, su propia melodía, nacida para ser su fiel intérprete. Y al contrario, no hay una vibración sonora, cualquiera que

(33) Era el P. Guzmán catamarqueño, nacido en San Fernando, 1672, y muerto en Santa Fe, 1721.

(34) Hernández, *Organización...*, 540.

sea, que no repercuta pronto en otra vibración espiritual del alma. De hecho, no se da melodía ni canto alguno que no despierte al punto en el espíritu humano aquel sentimiento de alegría, de piedad, o de dolor, cuya expresión viene a ser el mismo canto. Y es tan potente y eficaz esta fuerza suscitadora de la impresión y del hechizo por las ondas sonoras, que a esa fuerza no se sustraen ni los animales mismos. ¡Cuánto menos el hombre, por bárbaro y primitivo que se le quiera suponer!

Bien se ve por aquí cómo la música de suyo ofrece un propicio fundamento natural, que abre camino para inducir o despertar afectos de piedad, de religión, o de sana moralidad, por medio del sonido, que es su expresión.

Pues, como el celo de las almas sea muy ávido y cuidadoso de emplear todos y cada uno de los medios más conducentes para el fin de ayudar a los prójimos, ¡cómo habrían de desaprovechar este medio de la música los misioneros del Paraguay! Sabiendo, sobre todo, como sabían, que para entendimientos menos cultivados, cuales eran sus indios, este arte musical ejercía siempre una impresión mucho más potente y sensible y por ende más apta para su formación que cualesquiera otras artes más complicadas. De ahí el uso continuo que hicieron nuestros misioneros para fines sagrados, ora de las armonías graves del órgano donde a tanto podían llegar; ora, por lo menos, de las melodías simples y devotas esparcidas por mil himnos y cánticos sagrados, los cuales eran como expresión de la plegaria colectiva y pública.

Ni olvidaban tampoco los misioneros aquella otra cualidad del canto y del sonido; la que consiste en saber restaurar el alma, y servirle como de medicina moral, o de cura preventiva. ¡Cuántos solaces proporcionó la honesta música a padres e hijos, a neófitos y misioneros!... «Honesta música», he dicho; porque el celo de Dios no entiende otra música; y porque los instrumentos y cánticos de las reducciones tenían también por fin suplir y hacer olvidar las melodías obscenas y torpes de sus ascendientes paganos.

Aun para aprender la doctrina cristiana, y la lengua castellana, y mucho más la lengua latina, sabían emplear nuestros misioneros la vaga canturía, tan del gusto de los indios. No era de desaprovechar este concepto oscuro que late en todo lenguaje, elevándolo a la categoría de frases melódicas, para dar a la palabra humana cierta dulcedumbre y eficiencia. Así, los neófitos escuchaban más atentamente, aprendían más fácilmente, retenían más seguramente, y, sobre todo, grababan mejor lo melódicamente oído, no tanto en la mente como en el corazón.

En aquellos espíritus primitivos de nuestros neófitos acontecía con sobrada razón lo que en todo espíritu humano; que más adentro que la luz de la inteligencia penetran acaso los ecos de lo sensible.

Júzguese de la importancia que daban los misioneros a la música por lo que cuenta el P. Sepp: En todos los pueblos de la Misión había treinta

o cuarenta que ejercían el arte. Entraban en esta escuela musical a los nueve o diez años. Escogían los padres para ello los de mejor metal de voz, y aunque, como indios, vivían a lo bárbaro todavía, en tanta multitud de muchachos siempre se encontraban algunas buenas voces.

No había peligro que rechazasen la elección. Era fuerte y muy nativa la inclinación de los indígenas al canto y a la instrumentación, y por eso estimaban mucho el oficio. Y la mayor honra que se podía hacer al hijo del corregidor o del cacique mayor era hacerle tiple; con ser aquéllos los más considerados y como los doctos del pueblo, y la oficina de donde salían todos los oficios de alcaldes, escribanos, sobrestantes, etcétera.

Mas, no obstante esa afición y destreza y que hubiese en cada pueblo un maestro o dos de música, no solían corresponder lo mismo otras habilidades que requiriesen entendimiento cultivado. No había que pedirles a los indios en general que compusiesen un renglón de música y que hiciesen coplas, aún en su idioma, de las que hacen los ciegos en España. Ni los que tocaban arpas y violines, etcétera, sabían añadir o mudar alguna diferencia, o trinado, hermoseta o cosa equivalente que diese gracia a su tocata, más que lo que tenían en el papel.

Parecerá contradicción y paradoja. Pero es lo cierto, que con ser así los indios, tan torpes en la composición y obras constructivas de entendimiento que pidiesen trabajo especulativo de la mente, todavía en la habilidad y primores manuales de un arte práctico, gozaban de alguna destreza.

«No se puede concebir—escribía el P. Sepp en 1692—a dónde llega en esto manual la industria de los indios. Tengo entre mis neófitos a uno llamado Paica, el cual hace todo género de instrumentos musicales, y los toca con admirable destreza».

«El carácter del genio del indio en general—añadía el P. Sepp—es inclinado a la música. Ni hay instrumento—cualquiera que sea—que no aprendan a tocar en breve tiempo, y lo hacen con tal destreza y delicadeza que en los maestros más hábiles se admiraría. Tengo en la nueva colonia de *San Juan Bautista* un muchacho de doce años, quien, sin tropezar ni perderse, toca sobre el arpa cualquier aire, el más difícil, y que pediría para otros músicos más estudio y práctica» (35).

Si el personal músico era copioso, el instrumental no escaseaba tampoco. En los «Inventarios de los Jesuitas expulsos», publicados por Francisco Javier Bravo (Madrid, 1872), se apunta en cada uno de los treinta pueblos de indios guaraníes el número y la especie de los instrumentos musicales y los papeles de música que se hallaron en el momento del destierro de 1768, y hasta la descripción de los talleres donde se fabricaban estos instrumentos.

Pues bien, en todas las iglesias de las Misiones se menciona el *órgano*.

(35) Cartas edificantes y curiosas, t. 7.º (Madrid, 1755)

Y en el pueblo de *Trinidad*, había nada menos que una gran oficina u obrador de fabricar órganos, espinetas, etc. Y esto explica la multitud de instrumentos de esa clase que se hallaron en nuestras Misiones, algunos de ellos, acaso los más sencillos, fabricados por los mismos indios. El P. Peramás nos habla, sin embargo, de algunos indígenas «superiores en destreza a los más egregios maestros europeos». Podrá ser, pues no se da regla sin excepción.

Como quiera que sea, el resultado era no carecer de la instrumentación precisa, ni de banda, ni de orquesta. Sólo en la reducción de *Apóstoles*, vemos que se habla de arpas, bajones, violines, fagotes, liras, flautas, cornetas, rabeles y rabelejos, violas, chirimías, fagotillos, órganos y clarines...

Claro es que tanta cantidad de instrumentos y ejecutantes, fueron obra paulatina que, a fuerza de años y de sudores, fué recreciendo y tomando bríos. Pero la música, en forma de cantos sencillos, tomó principio con la alborada misma de las Misiones. Bien pronto, en 1609, el P. Diego de Torres, ordenaba a los padres José Cataldino y Simón Mazeta que «cuanto más presto se pudiere, con suavidad y gusto de los indios, se recojan cada mañana sus hijos para aprender la doctrina, leer y cantar». Y daba orden de cómo se fabricasen flautas y se preparasen maestros de *tañer*.

Muy bien dijo el insigne historiador señor Andrés Lamas, que «aque-llos salvajes, en estado aún de naturaleza, eran niños con el desarrollo físico y la fuerza de hombres». Y por ende, los misioneros comenzaban por tratarles como a niños, rodeándolos de todos los objetos de su predilección, por ejemplo la *música*, que les llevaba a la iglesia y los conducía al trabajo. «Precedidos—dice—por la música, marchaban alegremente como niños, para ir a los campos donde trabajaban como hombres» (36).

Es cosa notable que también los misioneros tenían que confesar, como del antiguo Orfeo, que esta clase de fieras, quiero decir, los indios más feroces y de menos razón, si con algún remedio humano se domaban, era con la música.

«Todas estas naciones—escribía el P. Barzana—son muy dadas a bailar y cantar. (Habla de las del Tucumán). Y tan porfiadamente lo hacen, que algunos pueblos velan la noche cantando, bailando y bebiendo. Los *Lules*, entre todos, son los mayores músicos desde niños y con más graciosos sonos y cantares. Y no sólo todas sus fiestas son cantar, pero también sus muertes, todas las noches las plañen todos los del pueblo, cantando juntamente, llorando y bebiendo. Y así, la Compañía, para ganarlos con su modo, a ratos les va catequizando en la fe, a ratos predicando, a ratos haciéndoles cantar en sus corros y dándoles nuevos can-

(36) Artículo circular para toda Sur-América, publicado en París, por octubre de 1882.

tares a graciosos tonos; y así se sujetan como corderos, dejando arcos y flechas».

No sabemos nosotros, ni es fácil adivinarlo, cuáles serían esos nuevos cantares y tonos graciosos con que atraían a aquellos niños grandes. Pero no está fuera de lugar la suposición de don Juan Alfonso Carrizo en su *Cancionero Popular del Tucumán*. Supone este erudito folklorista que quizás les enseñaran los Padres, entre otras piezas, las letrillas y villancicos populares glosados a lo divino, del obispo Fray Ambrosio de Montesinos, cuyo *Cancionero*, tan copioso en este género de poesías religiosas, se publicó en 1508 (37).

Ciertamente, allí se hallan glosas breves y sencillas de cantares populares muy a propósito para el caso. Y es razón de más el que a cada cantar y a cada glosa suele acompañar la noticia de los tonos populares con que el estribillo modelo se cantaba en el pueblo.

Según algunos autores, un misionero extranjero de un país dependiente de España, el Padre Juan Vaisseau (Baseo), belga, de Tournai, llegado al Paraguay con el P. Viana en 1616 y que actuó como seis años en el Guayrá, donde murió a los 42 años de edad, en 1623, ése fué quien introdujo la música entre los indios guaraníes; acaso quiso decirse entre los indios del Guayrá; porque sabido es que, por lo demás, ya los insignes Padres españoles arriba dichos, y otros no menos célebres, españoles y criollos, como Lorenzana y Roque González, hoy beatificado, entonaban ya en sus pueblos buenas músicas (38). Y si por extranjeros va (como parece los prefieren algunos), por allí andaba el hermano Luis Berger, francés, que poseía entre otras varias habilidades la del violín, y al menos en ese arte fué muy de los primeros. Y poco menos antiguo fué nuestro mártir español, P. Diego de Alfaro, el cual, yendo a Buenos Aires en 1627 para rematar ciertos negocios espinosos de aquella misión, llevóse consigo un grupo de veinte músicos indios, cuya banda o coro, él mismo habría de dirigir (39).

Otra expedición musical conocemos también, bastante antigua, y que corrió a cargo del buen napolitano Padre Pedro Comentale, misionero de San Ignacio Guazú. Había arribado allá el año 1616 con el P. Juan de Viana, y nos consta que pocos años después, cuando llegó la gran expedición del P. Gaspar Sobrino, salió nuestro misionero a recibirla con veinte músicos, que los festejaron y llevaron consigo a las misiones guaraníes.

(37) *Cancionero Popular del Tucumán*, I (Buenos Aires, 1937), p. 256. La suposición se confirma por el método de cánticos populares que dos siglos después, en 1765, se seguía para adoctrinar melódicamente a los indios. Tráelo el P. Andrés Febrés en su *Arte de la lengua general de los indios de Chile*, donde a cada oración o cántico rimado se le agregan las referencias a otros tonos consabidos, también populares.

(38) Por lo demás, cierto es que el P. Vaisseau estuvo en la reducción de Loreto por los años de 1619, desplegando sus buenas prendas de artista educador, y trabajando muy abnegadamente, máxime con ocasión de cierta epidemia que asoló aquella tierra (Leonhardt, *Cartas anuas*, II, 206).

(39) CA (1635-1637), 329.

Este habilidoso jesuita era muy aficionado, además, a los libros de ciencia empírica, así como a instrumentos especiales para fabricación de relojes y cosas semejantes (40).

Gran artista de violín, como el dicho hermano Berger, fué el *Padre Claudio Royer*, flamenco, que llegó al Paraguay, en 1616, con el P. Juan de Viana, y pronto, al año siguiente, era ya compañero del P. Roque González en la reducción guaranítica de San Ignacio Guazú (41). Elógiale mucho el P. Boroa, como cofundador de *Santa María de Iguazú*. Y no fué el único puesto ciertamente, en cuya constitución intervino con su espíritu y con su arte favorito (42).

El famoso tirolés *P. Antonio Sepp* (1655-1733) había sido instruído en la música desde su niñez, y por su voz metálica había sido incluído entre los escogidos cantores de la Corte Imperial, y muy celebrado en Viena. Este Padre, más que introductor de la música en las misiones, como alguno ha escrito, fué el perfeccionador o difusor. Y en esto, sí, no tuvo par.

Por lo demás, él mismo confiesa en el relato o breve *Historia de las Reducciones*, que se conserva en la Universidad de Munich, que sus antecesores españoles y demás, habían enseñado a los indios todas las artes y oficios de Europa, «principalmente *la música*, como arte esencial del divino servicio», llegando los naturales no sólo a cantar y tocar instrumentos, sino también *a fabricarlos*, incluso órganos (43).

No obstante, como Sepp había aprendido en Alemania la música moderna, y salido excelente en ella, pudo llevar a cierta perfección, en lo posible, aquellos primitivos medios. Con eso y con el celo y amor a los indios que Dios le había comunicado, reformó por completo en las reducciones la música vocal y compuso textos y piezas musicales, que difundió con la ayuda espléndida de aquellos procuradores españoles, la cual agradeció él muchísimo.

También el suizo *P. Martín Schmidt* (1694-1772) resultó excelente músico e instructor de los indios en esta parte. No bien llegado en 1729, desempeñó ese papel importantísimo en la misión de *Chiquitos*. Particularmente en *San Javier* instruyó en músicas, orquestas y danzas simbólicas a los neófitos. Sacó discípulos tan aprovechados, que de ellos se propagó ese arte a los demás pueblos de aquella tribu, en la cual este buen

(40) La habilidad de este Padre no se reducía a la música. Sabemos, por una carta del P. General Gosvino Nickel (12 diciembre 1652), que tenía especial permiso para retener y usar ciertos libros científicos que él enderezaba a la práctica misionera, así como instrumentos especiales para la fabricación de relojes y cosas semejantes (APA, Cartas de Generales).

(41) Leonhardt, *ob. cit.*, II, 139.

(42) CA (1626-1627), 52-54.

(43) Por aquí se ve la inexactitud de su paisano el P. Matías Ströbel, cuando en carta publicada en el famoso *Weltbott* nos asegura que el P. Sepp fué quien compuso el primer órgano en la Provincia del Paraguay (*Weltbott*, 1729, núm. 500). Su mérito fué como arriba decimos, imponer a los indios en ciertos ribetes finos del canto figurado.

Padre descubrió especiales talentos para la música (44). Efectivamente, sacó, sobre todo entre los jóvenes, discípulos tan aprovechados que, escuchándolos un cacique, decía entusiasmado: «Sólo quisiera volver a ser muchacho, para ser instruído en arte tan lindo» (45).

Si por medio de la música se hizo valer la catequización en la misión de *Chiquitos*, vindica también para sí no poca parte de este mérito el misionero bohemio *Padre José Mesner* (1703-1768).

El año 1736, contando tres años de residencia en esas partes, se encontraba en Santa Fe, misionando a la banda occidental del Paraná. Al año siguiente pasó definitivamente a los *Chiquitos*. Allí desplegó su arte en las reducciones de *San Javier*, de *San Miguel*, de *Santa Ana* y de *San Juan*, donde le tomó el último destierro a Europa, para morir desgraciadamente en ruta, cercana de Tacna, pasadas las Pampas de Oruro.

Con elogio habla de él en su obra biográfica el P. José Peramás. Y dice que a él, lo mismo que al P. Schmidt, se debió que en cada una de las reducciones hubiese un coro especial de música sagrada, formado de indios habilísimos tanto en la música instrumental como en la vocal. En la misión misma, bajo la dirección de ambos Padres, fabricábanse muy variados instrumentos, interpretándose con ellos hasta música clásica venida de Europa, y también piezas originales compuestas en las misiones por esos Padres expertos, y por otros. Tenían allí una especie de academia, para formar los músicos y cantantes de las diversas reducciones (46).

Era estudiante aún el hermano escolar *Domingo Zipoli* (1638-1726), cuando fué al Plata desde su tierra italiana de Prato (Etruria) en la gran expedición del P. Bartolomé Jiménez, en 1717. Nueve años apenas vivió la colonia, pues a principios de 1726, contando sólo los 38 de edad, acabó con él una grave dolencia pectoral. Con todo eso, fué tiempo suficiente para que se revelase en América notable músico, el que ya en Roma, aun siendo seglar, había dirigido el coro del Gesú en la Casa Profesa Romana. Con que llegado al Paraguay, y a Córdoba, donde era estudiante, él hubo de dirigir en persona aquel nutrido coro y orquesta musical, que excitaba grandemente el entusiasmo de españoles y de neófitos, siendo enorme el gentío que acudía en cada solemnidad a nuestra iglesia, atraído por las ejecuciones artísticas dirigidas por el hermano Zipoli (47).

Sobre el célebre P. *Florián Baucke* (1719-1780), que es su apellido, o Pauke, como suelen llamarle, vimos en Loyola, entre los escritos atribuidos al P. Miranda, un párrafo curioso. Habla el autor acerca de la música en las Misiones, y dice en el lugar a que me refiero: «El año

(44) Peramás, *De vita et moribus tredecim virorum paraguaycorum*, Faenza. 1793.

(45) CA (1730-1735), 40 v.º

(46) Cfr. Leonhardt, en *Estudios*, de Buenos Aires, 1924.

(47) CA (1720-1730), 5-6.

de 1748 pasaron conmigo de Europa al Paraguay los Padres Floriano Pauke, Julián Knogler y Martín Dobrizhoffer. Todos tres eran muy hábiles en la música; pero especialmente el primero (Baucke) era buen compositor y sonador de órgano, violín, flauta, travesiero, y otro instrumento de una sola cuerda gruesa, llamado *trompa marina*, que imita perfectamente al cuerno de caza» (48). Hasta aquí el P. Miranda.

Hay, pues, que catalogar a los tres misioneros (el de *Abipones*, Dobrizhoffer; el de *Chiquitos*, Knogler, y el de *Mocobies*, Baucke), entre los músicos notables de las antiguas Misiones. Pero bien se ve que, a juicio del eminente padre español, entre todos campeaba y sobresalía el P. Florián. Este hijo de Silesia era, en efecto, al decir del P. Miranda, «tan insigne misionero como excelente maestro de música», y aunque también trabajó en las misiones guaranílicas, pero su labor más notable fué con los indígenas de la provincia de Santa Fe. Entre los mocobies principalmente lució sus habilidades no sólo de ejecutante y tañedor, mas también de compositor y aun de fabricante de instrumentos músicos; pues, como dice el mismo Miranda, «todo era necesario para amansar los ánimos feroces de aquellos tigres mocobies». Y bien que mostró haberlo conseguido, cuando a petición de las grandes ciudades, bajaba con ellos, mansos ya como corderos, a festejar alguna de las grandes solemnidades. El mismo P. Baucke, con santa sencillez, relata en varias partes de sus obras los propios éxitos musicales entre aquellos indígenas (49).

Con los artistas musicales hasta aquí nombrados no hemos agotado, ni mucho menos, el catálogo de los diestros en la materia. Centenares de misioneros y catequistas utilizaron con maestría la propensión que los indígenas sentían hacia la música, sin que obstase para ello el ejercicio de otras habilidades. Poco impidió, por ejemplo, al *Padre Francisco Baptista* su carrera de historiador para que no armonizase preciosos villancicos, como el que dedicó al mártir P. Julián de Lizardi. Y el *P. Juan de Fecha*, pedagogo en el Tucumán, halló tiempo para abrir también una escuela de música y formar con los indios más aptos un coro y una banda célebres, que lucían por doquier sus aptitudes (50).

La expulsión tronchó esas armonías angélicas, pero sus ecos perduraron por largo tiempo. Todavía, casi medio cuarto de siglo después de la expulsión, o sea, en 1793, hizo constar el gobernador de Misiones, Lázaro de Ribera, las tres escuelas de arte que con las tres de primeras letras existían en su jurisdicción, restos gloriosos de los antiguos usos escolares. Y de las tres de arte, una era la escuela de organistas, otra de dibujos, y la tercera de música. Y del inventario adjunto al informe, resulta que en

(48) Arch. Provinc. Castilla, S. J., Estante 4.º, plút. 3.º

(49) Sus obras en alemán han tenido relativamente recientes ediciones, una de A. Koblér, Ratisbona-Pustet, 1870; y otra, más extractada, de A. Bringmann, Friburgo-Herder, 1908.

(50) Furlong, *Los Jesuitas y la cultura Rioplatense*, cap. XIII.

materia de instrumentos se contaba allí nada menos que con un clave, treinta y seis violines, cinco violones, cuatro violas, veintidós flautas, cuatro bajones, cinco chimirías, diez flautones, un arpa y un órgano (51).

Para terminar, diremos que la música urbana y catedralicia de las grandes poblaciones de «españoles» (o más bien criollos), deberían no poco en su paulatino desarrollo a los grandes ejemplos filarmónicos de nuestros colegios y misiones; sin que por eso vayamos a negar a la culta población *criolla* de la época que llamaban también *españoles*, impulsos propios para cultivar el arte armónico, como alguno poco imparcial se los ha querido negar en absoluto, con poco probable aseveración.

Y ¿qué decir ahora de la *medicina* misional, ciencia eminentemente auxiliadora de nuestros grandes apóstoles paraguayos?

La música, principalmente la religiosa, servíales para entonar las almas de los neófitos. Para dar tensión y vigor a sus organismos corpóreos, nada más a propósito que el tratamiento médico de los cuerpos: si bien sabemos cómo conspiran uno y otro, aquel arte y esta ciencia, a levantar en último resultado los espíritus vitales de toda grey regida por un predicador evangélico. Si todo ministerio de médico corporal viene a ser en cierto sentido un verdadero sacerdocio, ¿qué será cuando se juntan en uno el misionero y el médico, o sea, la ciencia de la naturaleza, del cuerpo humano, con el carácter, la gracia y la función sobrenatural de los ministros de Jesucristo?

El Divino Maestro, de nada se preocupaba tanto como de ser tenido por bienhechor, ya de las almas, ya de los cuerpos. Si por doquiera pasaba haciendo bien, ese bien lo hacía predicando la verdad, mas también curando enfermos, achacosos, leprosos, tullidos, cojos, ciegos y mancos. Y al ordenar a sus discípulos su misión, les señaló la misma que El ejerció, y comunicóles su espíritu para hacer milagros y curar enfermedades. Por eso la Iglesia, hechura de Cristo, ha sido madre fecunda e institutora de innumerables asilos y hospitales, y ha prescrito a sus Prelados que vendan, si es preciso, las alhajas y objetos sagrados a fin de atender a la curación de los enfermos.

¿Qué haría, pues, la Compañía de Jesús en sus Misiones, sino consagrarse en forma intensa al estudio y práctica de la Medicina, Farmacia y Cirujía, para alivio espiritual y temporal de sus neófitos dolientes?

Tanto más, que en aquellas partes los privilegios especiales otorgados por los Sumos Pontífices ponían a cubierto a sus religiosos de cualquier aprensión o escrúpulo que pudieran suscitar en contrario el Derecho Canónico y las Constituciones de su Orden (52). Esto, respecto al ejercicio de la Medicina. Y en cuanto a las boticas y demás oficinas farmacológicas, databa de muy atrás la existencia de ellas en nuestras casas europeas y

(51) Archivo Nacional de la Asunción, V, 60, nn. 6-13.

(52) Hay, desde luego, un lauto privilegio otorgado a la Compañía por Gregorio XIII, en 1576.

su caritativa extensión a los extraños necesitados, cuyo uso se extendió después con mucha mayor razón a los países americanos recién explorados, donde la falta de remedios y de médicos era casi total (53).

De unos y otros, de boticarios y de médicos en nuestra Misión, podríamos presentar aquí copiosa abundancia. No hay espacio para nombrarlos a todos. Ofrécesenme, sin embargo, a la memoria unos pocos, pero valiosos ejemplares de ambas ramas. Adoptémoslos aquí, como posible norma y ejemplo de la sabia caridad que desplegaron siempre nuestros doctores sanitarios.

Entre los más primitivos de la Misión no faltan, en achaque de medicina, muy doctos sacerdotes. Bien antiguo es aquel anciano misionero español de Consuegra, llamado *Alonso Gutiérrez*. Llévóle al Paraguay el primer superior provincial, P. Diego de Torres Bollo; y de creer es que contaba ya edad muy avanzada cuando falleció en Concepción por los años de 1672 a 75. Pronto le dedicaron por allá los Superiores a los indios del *Tape*; y sucesivamente, por espacio de más de cuarenta años, estuvo destinado a otras varias reducciones, entre ellas la de *Concepción* y la de *San Nicolás* del Uruguay. Pues bien, en todas ellas consta que se comportó como un experto naturalista, conocedor de las virtudes curativas de muchas plantas. Y así pudo, con su largo trabajo y experiencia, formar una buena lista de eficaces medicinas que sirvieron tanto a los misioneros como a los neófitos, de quienes él acaso aprendería a su vez muchos de los secretos de la herbolaria americana (54).

En medicina práctica, difícilmente tuvo rival el hermano coadjutor *Blas Gutiérrez*, cuya memoria perpetuó el doctor don Félix Garzón Macedo en su libro "*La Medicina en Córdoba*" (55).

Este español singular, nacido en la Vega de Cervera, de Castilla la Vieja (1565), estuvo primero al servicio de Santo Toribio de Mogrovejo. Luego pasó a Chile, con el gobernador Antonio de Ribera. Allí cayó en la red del Señor, haciendo los Ejercicios. Y aunque tenía ya los 50 años cuando ingresó en la Compañía, adquirió como médico y enfermero del Colegio de Córdoba tal fama y celebridad, aún entre los externos, máxime amigos y bienhechores, que hasta el Padre General, Mucio Vitelleschi, tuvo que intervenir para que no le ocupasen con exceso (56). ¡Tal mano tenía para la medicina, y tales beneficios otorgaba con su arte! Bien que él, varón de Dios, no se ocupaba, por su parte, más que de unir la santa caridad con la humildad, su hermana.

Por fuerza mayor hubo de acudir al socorro común con otros sujetos de la Compañía, en la gran peste que azotó a Córdoba del Tucuman, por

(53) Véase en Estudios, de Buenos Aires, el documentado trabajo del docto Padre Leonhardt sobre Los Jesuitas y la Medicina en el Río de la Plata (junio de 1937).

(54) CA (1672-1675), 203 y sgts.

(55) Tomo I (Buenos Aires), 1916.

(56) Arch. Rom. Societ. «Cartas de Generales».

los años de 1634 a 1636. Ocho años llevaba enfermo para entonces, habiéndose contagiado en la cura de un padre dominico. Y así, pronto se agravó, y sucumbió en el mismo Córdoba el año 1637, contando 72 años de edad y 22 de Compañía (57).

Uno de los felices expedicionarios del P. Juan de Viana fué el P. *Mario Falcón*, o *Falconi*, entonces estudiante filósofo de unos 23 años de edad, pues había nacido hacia 1593. En su necrología se dice que era de patria napolitano, y jesuita desde 1610 (58). Se le alaba allí como buen ingenio, distinguido como humanista, filósofo y matemático. Pero cuando fué destinado a misionero del Tucumán, se distinguió además y se hizo especialmente benemérito por sus conocimientos médicos, que transmitió caritativamente a otros. No olvidó por eso las ciencias aplicadas, antes las supo emplear en mil habilidades mecánicas, tan útiles en la soledad y apartamiento de las misiones. Y para distinguirse en todo, el P. Falcón se entregó también de lleno a las lenguas indígenas, tanto peruana o quichua como paraguaya o guaraní.

Por 48 años enteros estuvo también ejerciendo la cirugía entre los indios el hermano *Joaquín Zubeldía*, natural de Tolosa de Guipúzcoa, el cual había ingresado en la provincia de Toledo el año 1679, y seis años después fué trasladado a aquellas Misiones. Como convenía a su oficio, ejerció, además de su arte benéfico, la caridad más fina en sus modales y trato con los neófitos enfermos y con los sanos. Murió de 76 años en *San Borja*, año de 1732 (59).

Los hermanos coadjutores que habían ya ingresado con la profesión bien aprendida daban, claro está, mejor y más pronto resultado, máxime para las misiones y los colegios. De algunos se hace ya notar esta circunstancia desde su partida de España, o su ingreso en América. Así, en 1733, con la expedición de Machoni, llegó un joven coadjutor tarragonés, de 25 años, llamado *Jaime Ycart*, y de él expresamente se dice que ejercía ya de cirujano. Y como tal, debió de servir por espacio de treinta y cuatro años, principalmente en Corrientes y Santa Fe. En esta última ciudad le sorprendió la proscripción; y en Imola murió el año 1769 (60).

Otro de los que venían ya con carrera hecha fué el coadjutor catalán de San Andrés del Palomar, hermano *Esteban Font*, cuya estancia en América data del año 1748, que fué el de la expedición Orosz. Nacido este hermano en 1725, contaba ya los 23 años cuando llegó, y por la lista misma del pasaje consta que venía ya con la profesión de boticario. Salió desterrado con todos en el general extrañamiento, y por la lista de los deportados del Colegio Grande de San Ignacio, consta que, a la sazón,

(57) CA (1635-1637), 27 y sgts.

(58) CA (1652-1654), 32 y sgts.

(59) Escribió su necrología el P. Pedro Lozano en las *Anuas* de 1730-1735, 38 v.°

(60) Habla de él el P. Sánchez Labrador y le llama «boticario excelente».

servía su profesión u oficio en ese mismo Colegio de Buenos Aires. Murió en Pésaro (Italia) el año 1772 (61).

Larga carrera de boticario, enfermero y cirujano ejerció en las Misiones el hermano coadjutor bávaro *Tomás Heyrle*, que ya ejercía en el siglo la cirugía. Contaba poco menos de treinta años cuando ingresó en la Compañía el año 1725, y los pasaba ya cuando vino al Paraguay, en 1729. Pero todavía, hasta la expulsión final en que partió de Buenos Aires el año 1768, para morir en el Océano antes de llegar a Europa, le restaron cerca de otros cuarenta años para hacer el bien con su arte sanatorio a los misioneros y a los indios, particularmente en la reducción de *San Nicolás*, del Uruguay; aunque también estuvo algún tiempo en *San Ignacio Guazú*, del Paraná (62).

Como boticario merece también una atención especialísima el hermano coadjutor *Enrique Peschke*. Nacido en Glatz, de Silesia, según el P. Huonder, por los años de 1672 ó 1674, se inscribió en la provincia de Bohemia el año 1694 (63).

Tres años después, en 1697, pasó al Paraguay con la expedición Frías; y el año 1702, ya le habían entregado los Superiores la botica de Córdoba «para que la estableciese en regla», como él mismo dice en carta a su Provincial de origen (64). Y parece que la puso tal, que descolaba la botica de aquel Colegio en aquellas tres provincias del Paraguay, Tucumán y Buenos Aires (65).

Treinta y un años consecutivos trabajó en la del Paraguay, hasta que falleció el 14 de noviembre de 1729, a los 58 años de edad y 35 de Compañía (66).

Resalta entre los facultativos jesuitas de las Misiones el conocido también como explorador y descriptor de la Patagonia, *P. Tomás Falkner* (1707-1784). Ejercía ya de cirujano con cierta notoriedad antes de su ingreso en el Instituto, y antes de su misma conversión al catolicismo. Sabido es que correspondió bien a esas dos grandes gracias, de conversión y de vocación a la fe.

El ejercicio de su medicina y cirugía no parece fué continuo en la Compañía o, al menos, no igualmente intensivo. Pero más o menos se le ve laborar en sus recetas o en sus intervenciones, indudablemente siempre con espíritu misionero de caridad, pero también con ávido anhelo de progresar en su ciencia a favor de la experiencia indiana y de sus propios rebuscos herboráceos o florales.

(61) BNSCH (Bibliot. Nacional de Santiago de Chile), mss. jes., t.º, 242.º

(62) Lo llevaba a Europa la fragata *Esmeralda*, que zarpó de Buenos Aires en abril de 1768. (Bibl. Nac. de Río Janeiro, mss., Col. Angelis, XV, 39). Este mismo fin, en el mar, tuvo también el H. Pedro Kornmayer, bávaro, de Dillinga (1691-1769), que entre los guaraníes ejerció muchos años la medicina.

(63) *Deutsche Jesuiten-Missionäre*. (Friburgo B. 1899), p. 147.

(64) Publicada en *Welthott*, n. 506.

(65) *ARS*, Paraquaria, II, 212.

(66) Lozano, CA. (1720-1730), 6.

Los padres desterrados en 1767, sus compañeros, conservaban alto concepto de su persona y grande estima de sus conocimientos generales y locales. Y esperaban encontrar sus papeles póstumos, y especialmente un tratado, por ellos ya conocido de algún modo, que se refería a «enfermedades peculiares de América, curadas por medio de drogas americanas» (67).

Merecen, como se ve, varios de nuestros facultativos el título, no sólo de médicos, sino de tratadistas de medicina, o también de botánica, con miras a la patología vegetal.

En este último género creemos que lleva la palma aquel hermano coadjutor español, verdaderamente insigne, por nombre *Pedro Montenegro*. Este ilustre gallego tuvo gran inclinación desde niño a estudiar el herbario medicinal, y antes de ingresar en la Compañía, por abril de 1691, ya había ejercido la profesión de cirujano en Madrid. Calcúlese el campo que abrió después a sus herbolarios curativos la rica vegetación americana. Y que fué nuestro hermano sumamente solícito y afortunado en esa brega, lo está diciendo la huella que ha dejado en nuestra historia colonial paraguaya. «Su estudio—dice el P. Sánchez Labrador—fué continuo en la botánica farmacéutica, medicina y cirugía, para el bien de las gentes del Paraguay y singularmente de los indios». Y como anduvo en los Colegios urbanos, por ejemplo en el de Tucumán, y luego en las Doctrinas de *guaraníes*, tuvo buena ocasión de escribir utilísimos manuscritos, compuestos algunos de ellos en el idioma guaraní y otros en lengua española.

Su obra principal fué indudablemente el tratado que nos dejó sobre las virtudes medicinales de las plantas de Misiones, publicado mucho después con el título de *Materia Médica Misionera* (68). Muchos y graves autores modernos han estudiado y ponderado este gran libro que, en su tiempo, fué el recurso obligado de entendidos y profanos.

Este hermano español fué como la perla de una preciosa corona de hermanos enfermeros, también hispanos, que, junto con los criollos blancos, llamados siempre «españoles» (nótese bien), por oposición a los indígenas y mixtos, honraron y realzaron nuestras enfermerías y boticas coloniales, refugio sanitario de muchas poblaciones. Valga por mención honorífica, aunque rápida, el nombre de los hermanos *Marcos Villodas* (muerto en 1723), médico de Córdoba; *Juan de la Cruz Montealegre* († 1810), cirujano en *San Cosme*, y otros varios.

Había, sin embargo, en el siglo XVIII, entre los auxiliares extranjeros, sobre todo alemanes, quienes no desdecían en ese arte de nuestros

(67) Furlong, Estudios, XVIII (1920), 410.

(68) Cfr. Trelles, Revista patriótica del pasado argentino. 1888, I, 265. II, 8. 19, 238.—No se crea ser único en su género este manuscrito que nos dejaron los Jesuitas. El P. Grenón, en su opúsculo sobre *La influencia lunar, según las creencias populares, la ciencia y la historia*, habla de otro inédito y anónimo que conservan y guardan los Padres Franciscanos de Catamarca.

compatriotas. Recordemos los nombres de *José Jenig, Ruperto Dahlhammer, Pedro Kornmayer, Wenceslao Horski, Pedro Kormaer, Norberto Ziulak, José Brasanelli y Enrique Adami.*

Concluyamos con un nombre que llena toda una época medicinal y botánica, y es el del célebre, por varios conceptos, *P. Segismundo Asperger.*

«Entre los beneméritos jesuitas—dice el señor Garzón Maceda—que, teniendo facultad médica, como entonces se decía, ejercitaron su caridad con el prójimo, y dieron nuevas glorias a su Orden, y a la Ciencia lauros nuevos, debo recordar al célebre *P. Asperger*, que vino a Córdoba en 1718» (69).

Ciertamente, por digno de tal renombre, le tuvieron sus contemporáneos. Acababa de llegar a Córdoba este buen tirolés (n. 1687), y con ocasión de una peste variolosa, he aquí que celebra ya su presencia en 1719 el hermano coadjutor José Clausner como un «socorro de la divina Providencia». Dos años más tarde, en 1721, el P. Antonio Sepp le llama «incansable de cuerpo y alma» y dice que es como «la niña de los ojos» de toda la Provincia. «Famoso ya por su ciencia médica», le apellida el P. Carlos Rechberg en 1725. Otro alemán, el P. Bernardo Nussdorffer, escribiendo en 1730, decía de él que «arrancaba de las garras de la muerte a muchos de los nuestros y de los seglares» (70).

Por ese bien común que a todos prodigaba, parece como si los superiores le hubiesen ido llevando de pueblo en pueblo como una bendición de Dios, para que, conforme a su nombre, «Asperger», fuese rociándolos con el beneficio de su caridad y de su ciencia.

En 1724, cuando la visita del P. Luis de la Roca, Provincial, el P. Asperger era cura de Itapúa. El año 1732, cuando la visita del P. Jerónimo Herrán, era cura de *San Lorenzo*. Por este tiempo, el médico pastor de almas se transformó en militar, guiador de cuerpos expedicionarios; y le encontramos acompañando a las tropas indias auxiliares en la campaña de Bruno Mauricio Zabala contra los comuneros del Paraguay. También tuvo que luchar por entonces contra bravas calumnias que se le levantaron, de que salió declarado incólume por los superiores (71). No mucho después, en 1738, le hallamos en *San Nicolás* del Uruguay, batallando con la peste. Luego, 1740, en la reducción de *Los Mártires*. El año 49, en *La Concepción*... Viene entonces la época aciaga; la llamada «Guerra de los siete Pueblos», y hele aquí pasando de banda a banda el Uruguay para auxiliar a misioneros y misionados; no sin que los malos españoles y portugueses, ejecutores del Tratado funesto, sos-

(69) *La Medicina en Córdoba*, I (Bs. As., 1916), p. 61.

(70) Estas cartas alemanas se conservan en el Arch. Nac. de Munich, Jes. 293; y se publicaron en el *Weltbott*, de Stöcklein, y también en *El Cristianismo feliz*, de Muratori.

(71) APA.: *Cartas de Generales.*

pechasen de su fidelidad y lo tuviesen por instigador de revueltas (72).

A pique estuvo de ser conducido a España como reo de rebelión. Pero, en fin, se libró entonces. Eludióse también del destierro general, por achacoso y viejo. Y así... vino a morir, finalmente, en el pueblo de *Apóstoles*, el día 23 de noviembre de 1771.

Digamos, para terminar, que en nuestra colonia paraguaya, como en otras españolas muy a los principios, no sólo los profesionales, sino muchos otros, por necesidad, obediencia y afición, solían compartir, con la cura de almas, la de los cuerpos. Pestes que diezaban a las poblaciones, precisión de medicar cristianamente a los indios desplazando a los curanderos supersticiosos, conveniencia de aprovechar los conocimientos naturalistas que se llevaban de Europa, casos imprevistos de los caminos y expediciones, etc., etc., todo ello impulsaba a conseguir cuanto antes de la Península u otras tierras buenos facultativos de profesión. Pero, en defecto suyo, todo inducía a suplirlos y reemplazarlos con sujetos hábiles y bastante iniciados en esa ciencia.

Preferíanse, claro está, los profesionales. Precisamente, uno de los objetivos de los viajes a Europa de los Padres Procuradores solía ser ese: el buscar y reclutar médicos y farmacéuticos que quisiesen ir al Río de la Plata. Y procuraban asimismo importar instrumentos quirúrgicos, juntamente con gran cantidad de drogas y sustancias medicinales... Todo lo proveía la caridad de Dios que respiraban aquellos santos misioneros.

CONSTANCIO EGUIA RUIZ, S. J.

(72) Simancas—Estado—7405 y 7383. «Instrucción reservada al teniente general don Pedro Cevallos».

... ..